

París

Giscard, N. Sarraute, Kubrick

SE estaba esperando —sin mucho entusiasmo, en verdad, pero con creciente curiosidad— el libro de Giscard d'Estaing. Todo se llevó con grandes secretos, y ya se sabía que se trataba de un compendio del pensamiento de Giscard. Giscard trata de definir lo que es la **democracia avanzada** francesa, "partiendo del individuo" y no de la sociedad.

Se esperaba este opúsculo por lo insólito que resulta el que un Presidente en ejercicio se decida sacar un libro.

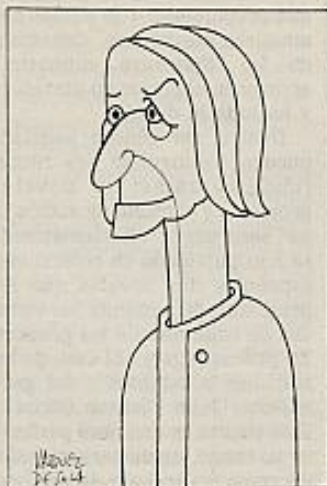
El retraso en cuestión ha dado pie a no pocas ironías. Mitterrand asegura que se ha debido a que, en definitiva, Giscard se ha dado cuenta de que no tiene nada que decir; otros afirman que ha tenido que modificar muchos pasajes, en los que confesaba su admiración por el "modelo sueco", después de la derrota de Olof Palme.

La puntilla al "nouveau roman"

El libro de Giscard corre el riesgo que conoció el "nouveau roman". Lo que a los veinte años de su "aparición" se presumía acaba de ser confirmado por uno de los principales representantes de este movimiento literario francés: el "nouveau roman" nunca existió.

Dice Robert Pinget que la crítica ignorante habló de la **nueva novela** cuando salió el primer libro de Alain Robbe Grillet porque no sabía qué decir; los autores agrupados en las Editions de Minuit —todos ellos trataban de romper las viejas formas de la novela— vieron cómo esa misma crítica les atribuía la etiqueta del "nouveau roman", definición cómoda que simplificaba las cosas para el gran público. Ese equívoco fue mantenido por los propios escritores, porque era comercialmente rentable.

Y así, Alain Robbe Grillet, Claude Simon, Nathalie Sarraute, Michel Butor, Jean Ricardou y otros, aplicaron —en mayor o menor grado— las normas establecidas por los "teóricos": ruptura del discurso narrativo, rechazo del personaje y de la psicología, importancia privilegiada de la mirada y de los objetos,



Nathalie Sarraute.

exploración deliberada de los recursos materiales ofrecidos por el idioma, innovaciones sintácticas y tipográficas, manipulación del tiempo, del decorado, etcétera, todo ello enumerado sin la pretensión de citar todos los elementos, y para referir que Nathalie Sarraute acaba de publicar lo que será una de las mejores novelas de esta temporada: "Dicen los imbéciles".

Elogio de la necesidad

Nathalie Sarraute —sin duda, la representante de aquel "nouveau roman" que continuó ejerciendo una influencia permanente en la literatura universal— no había escrito nada desde 1972. Ahora, con su forma insólita en la novela tradicional desmenuza lo que hay de destructivo en la expresión "eso es lo que dicen los imbéciles".

Es una trampa —dice Nathalie Sarraute—: en lugar de explicar una idea, de analizarla, de ver lo que tiene de verdad o de falsedad, se la aplasta, se la petrifica con esa frase fascista: "Eso es lo que dicen los imbéciles".

Decir que alguien "es un imbécil" es una forma de racismo, de segregación; esta actitud procede de las jerarquías que nos hemos fabricado, sin darnos cuenta de que, a un cierto nivel, todo es humano, y todo ser humano tiene un registro inmenso de posibilidades.

Al contrario, para Nathalie Sarraute, lo que declara el

"hombre de inteligencia suprema" lo aceptamos sin analizarlo, aunque sea una imbecilidad. "Todo esto falsea nuestros juicios, y nos lleva directamente al culto de la personalidad y al terrorismo".

El campesino y Barry Lyndon

Aquí ha venido Bob Wilson (el de "La mirada del sordo"), con una ópera muda ("Einstein on the Beach"), que merecerá un amplio comentario; más urgente es citar el paso del teatro Campesino, primero por el Festival de Nancy, y luego por París.

Ya se sabe que esta compañía fue creada por Luis Valdés, en 1965, para apoyar a los huelguistas de los viñedos norteamericanos, dirigidos por el chicano César Chávez. En París, entre una obra de Ionesco, otra del Magic Circus y lo que queda del teatro líquido, el Campesino siempre provocó una sensación de frescor. Este año alguien le reprochó a Valdés la permanencia de los mismos temas (el bracerío chicano, el patroncito, los esquiroleros, los contratistas, etcétera), y la falta de "modernidad" de su espectáculo. "Nosotros avanzamos al ritmo de nuestro pueblo —contestó Valdés—, ni más despacio ni más de prisa".

Clásica es también la última película de Stanley Kubrick, **Barry Lyndon**. Ningún elemento futurista en ella; aquí, la historia de un joven irlandés de la burguesía media, a quien el destino llevó hasta la cumbre de la sociedad europea (durante la guerra de siete años) y arrastró al fin a la miseria y a la desgracia. La historia de un pícaro sensible, sentimental y generoso hasta que la ambición lo convirtió en brutal y egoísta. Pero no hay ningún mensaje. Se trata de una sucesión de imágenes suntuosas; una selección musical con fragmentos de Haendel, Schubert, Vivaldi, Bach, etcétera.

Barry Lyndon es un concierto, una galería de exposiciones, un drama triste y serenisimo, que después de visto no se podrá concebir el cine de la misma forma que antes. ■ **RAMON CHAO.**

lismo reaccionario, o bien —como ocurría con André Breton, que quiso aunar los papeles de mago, poeta y revolucionario—, por el contrario, en el deseo de conseguir un verdadero progreso, un cambio en las estructuras de pensamiento vigentes, poco satisfactorias para nadie.

De entre estos últimos, el que con más seriedad se tomó su papel de mago fue el nietzscheano Aleister Crowley, de quien se ha editado recientemente un tratado de Astrología en castellano (1). Pero antes de hablar del libro, su primera obra en castellano, conviene presentar al extraordinario Aleister Crowley. Poeta y escritor fecundo y dotado, ajedrecista poco común, cazador de fieras y consumado alpinista, añadió a todas estas aficiones que hubieran bastado para llenar la vida de cualquier hombre normal, una sed de absoluto y una curiosidad que le hicieron investigar por los oscuros y poco ortodoxos caminos de la magia. Comenzó su carrera mágica en las filas del Alba Dorada, la más importante escuela de magos de finales del siglo XIX, que contó en sus filas a hombres como Bulwer Lytton, Yeats y Bram Stoker. Fue jefe de la OTO (Orden del Templo de Oriente) en Inglaterra, Irlanda y Escocia. Fundó su propia sociedad, la Estrella de Plata, y aún tuvo tiempo para renovar por completo la magia occidental, enriqueciéndola con aportaciones del tantrismo hindú, de funcionamiento sexual. Su obra en este terreno es vastísima, y puede decirse que escribió sobre todos los temas relacionados con el reino de lo oculto, dándoles siempre una visión renovada, separándolos cada vez más de la religión y estableciendo a través de ellos las bases de un nuevo sistema de pensamiento. Su "Libro de la Ley" es un compendio de aforismos e instrucciones mágicas, cuyo lema principal es: "Haz tu voluntad; ese es el compendio de la Ley". El sistema mágico de Crowley tiene su base teórica en una adecuada utilización de la voluntad personal, que puede —según él— llegar a ser todopoderosa si se emplean los medios adecuados.

La personalidad de Crowley, su rechazo de los valores de la sociedad victoriana en que vivió, su afirmación de una transmutación de todos los valores como necesidad para hacer del

(1) "Astrología", Aleister Crowley. Introducción y notas de Stephen Skinner. Traducción de José González Vallarino. Ed. Felmar. Colección Abraxas.